



Encuentros

Los trenes nocturnos de largos recorridos nacionales e internacionales, con coches cama y literas, llevaron por sus vías el sueño de vivir el espacio cerrado y compartido entre personas desconocidas con tiempos de encuentro, a veces de desencuentro, a veces de aventura y de recuerdo.

EL SOMBRERO VENECIANO

Se llamaba Tom. Eso me dijo al menos al poco de entrar en el compartimento preguntando si había alguna litera libre.

Yo me disponía a hacerme la cama y a cargarme de paciencia para pasar la noche en el tren que va de Ginebra a Portbou. La luz del atardecer de verano entraba aún por la ventana. Levanté la vista.

Llevaba puesto un sombrero veneciano de paja blanca con la cinta negra, bermudas de hilo, una camisa blanca de manga corta y en la mano una bolsa de lona sin estrellas ni etiquetas ni tiras fosforescentes. Una aparición en aquel tren atiborrado de seres sudorosos disfrazados de turista.

—Hay alguna litera libre? — repitió sonriente. Hablaba en inglés, muy despacio.

—No sé—dije—, tendrás que esperar al revisor.

Se abrió la puerta corredera en el mismo momento en que el tren se ponía en marcha, mostramos nuestros billetes y el revisor cerró de nuevo al tiempo que prometía volver cuando supiera lo que quedaba libre.

Tom se sentó en la litera frente a la mía.

—¿Vas de vacaciones? —preguntó.

—No, hago este trayecto cada fin de semana, trabajo en Ginebra pero vivo en Barcelona.

—Es una mezcla un poco esquizofrénica, ¿no?

—Quizá. Pero no puedo escoger. Y ¿tú?, ¿vas de vacaciones?

—Más o menos. Tengo cuatro días libres y luego vuelvo a París. Soy americano. —Sacó una botella plana del bolsillo—. ¿Quieres un trago?

—Bueno—dije y le miré a los ojos por primera vez, eran verdes y sostuvieron la mirada. Yo volví de nuevo a las sábanas.

Dijo de pronto:



—Me gustaría pasar la noche contigo. ¿Quieres?

—Eso depende del revisor —respondí poniendo más cuidado aún en las sábanas, y añadí—: ¿No puedes soportar una noche solo?

—Me gustaría, he dicho, nada más, ¿no me crees? —Calló un instante y dijo con voz quejosa—: A los chicos como yo se nos hace difícil a veces hacernos creer.

Me acerqué a la ventana. Él también se había levantado pero no me moví. Se sucedían los árboles confundidos con los postes del teléfono. Su hombro rozó mi espalda. Sentí fuego en las mejillas y pensé: Debe de ser el único color de ese crepúsculo que va acercándose a la noche.

El tiempo por donde se deslizaba raudo el paisaje, sin que yo apenas reparara en él, parecía infinito. Menos la velocidad,

S en un tren

males, aquellos que contaban con compartimentos de primera y de viajeros y viajeras a través de pueblos y paisajes. Fueron con frecuencia tiempo suficiente para conocerse, ignorarse, o ambas cosas; entornos sereno...



todo había adquirido de pronto un ritmo de marcha lenta. Noté en el hombro el peso de su mano derecha y me pareció que había inclinado la cabeza porque el ala del sombrero me rozó la nuca. Seguí mirando sin ver el cielo que iba sumergiéndose en la tiniebla mientras me dejaba mecer por el traqueteo y por su cuerpo que se había pegado a mi espalda, al compás ruidoso de las ruedas que colmaban el silencio.

No oí abrirse la puerta, pero la luz me cegó y dejó completamente a oscuras el paisaje.

—Puede usted quedarse, señor. Su litera es ésta —y señaló la de arriba—. Las otras dos están ocupadas por dos personas que subirán ahora —añadió al tiempo que los chirridos de las ruedas contra los raíles anunciaban una parada.

Entraron entonces dos hombres gordos que saludaron brevemente y se acomodaron en las dos literas libres. El revisor recogió sus billetes, cerró la puerta y se fue. Yo me tumbé en la mía. Tom se quitó el sombrero y lo dejó en la suya, me miró un instante, quizá para mostrarme su rostro desnudo, y luego apagó la luz y se sentó a mi lado. La oscuridad invitaba a la confidencia y al descubrimiento. Acercó la boca a mi oído y susurró algo tan tenue que no comprendí. Sisearon los dos hombres al unísono. “...Mañana”, repitió, y ante un nuevo siseo me besó parcamente en los labios y subió a su litera.

Había amanecido ya, podía verlo por la luz que se filtraba en los costados de la cortina que alguien había echado por la noche. Me puse en pie, a la altura de mis ojos Tom dormía con el sombrero veneciano sobre la cara y el cuerpo contoneándose

se bajo la sábana como una mano muerta, sin sentido, igual que los de los dos tipos que nos habían hecho callar, cuyos rostros a la luz del día se habían ensuciado y entumecido.

Miré tras la cortina y me hirió la luz, me asustó el día: mis manos habían perdido la palidez mate del crepúsculo y el cristal me devolvió un rostro cansado y ojeroso.

Recogí los zapatos y con la otra mano cogí mi bolso y salí. El ruido de la puerta se confundió con el del tren. Recorrí los pasillos de cuatro o cinco vagones dormidos aún y me detuve en la última plataforma. Apoyé la frente en el cristal tibio: las viñas se sucedían verdes hasta el mar abrumado por el sol naciente.

En Portbou fui la primera en bajar y en mostrar el pasaporte, y me metí en un tren que salía a los cinco minutos hacia Barcelona.

La puerta de la aduana arrojaba al andén turistas soñolientos a cuentagotas. Apareció el sombrero veneciano cuando nos poníamos en marcha, y bajo él los ojos verdes mirando en todas direcciones, asombrados. No sabría decir si en un último instante, antes de que el tren iniciara una curva, se cruzaron aún nuestras miradas porque un rayo de sol refractado en el cristal nos hirió los ojos, primero a él, luego a mí, deslumbrándonos.

Rosa Regás

Madrid. 1996, del libro de relatos *Pobre corazón*

ROSA REGÁS (Barcelona, 1933) es una de las escritoras en activo más veteranas del panorama nacional y una mujer activista que ha sido madre de cinco hijos.

Ha tenido múltiples trabajos siempre relacionados con la palabra, en Seix Barral, como traductora independiente para la ONU en diferentes ciudades o como directora de la Biblioteca Nacional.

En 1994 ganó el Premio Nadal con *Azul*; en 1999 consigue el Premio Ciudad de Barcelona de Narrativa por *Luna lunera*, en el 2001 gana el Premio Planeta por *La canción de Dorotea* y en el 2013, el Premio Biblioteca Breve por *Música de cámara*. Le fue concedido el AMEIS de PLATA en 2020 y es socia de honor de AMEIS. Actualmente vive en el campo.

